

SOBRE LA INDEPENDENCIA PATRIA

Al acercarse este año el primer Centenario del levantamiento del pueblo de Madrid contra las tropas francesas de Napoleón, el 2 de Mayo de 1808, principio de nuestra gloriosísima guerra de la Independencia, no han dejado de sonar voces declarando la inconveniencia de que tal hecho se celebre.

Por parte de gentes allegadas á los que nos gobiernan, semejante declaración partía del cuidado por inteligencias internacionales. Estimaban la celebración del Centenario peligrosa ó cuando menos poco oportuna, ahora en que acaba España de pactar con Francia un acuerdo y alianza para las cosas de Marruecos.

Mas por parte de otras gentes, los reparos que á ello han puesto, parten de la creencia de que al ejemplo de Francia y á su influencia, se deben casi todas nuestras libertades, creencia que me parece no muy bien cimentada en la realidad de la historia.

Pocos períodos de la nuestra, son de más enseñanza para los españoles, que el período de nuestra guerra de la Independencia.

Es indudable el influjo que en toda Europa tuvo la Revolución francesa y fueron grandes las esperanzas que en un principio hizo concebir en todas partes.

Pero muy pronto se vió, sobre todo en Inglaterra, tierra clásica de la libertad, los peligros que para esta misma libertad entrañaba aquella revolución. La clarísima inteligencia de Burke, pongo por caso de inglés clarividente, se percató muy pronto de lo que hoy todos los que estudian desapasionadamente aquel movimiento reconocen.

Aquí, en España, las doctrinas de los enciclopedistas franceses y el deslumbramiento de la gran Revolución produjo á los afrancesados. Pero buena parte de ellos, creo que la mayoría, no eran afrancesados, sino en la apariencia y en la exterioridad, permaneciendo genuinos é irreductibles españoles por dentro. Vestían de formas, de fórmulas, de teorías francesas y hasta de un lenguaje que á las veces parecía traducido del francés, sentimientos muy arraigada y castizamente españoles.

Mas aun así y todo ellos, los afrancesados, se apartaron del pueblo, al que desdeñaban. Y cuando las tropas napoleónicas invadieron la Península alegráronse muchos de ellos, estimando que venían á civilizarnos. Y el pueblo fué entonces el que no se equivocó; el pueblo es el que vió claro que aquellos que entraban tremolando la bandera de la revolución, venían á acabar con nuestra libertad. Y se sublevó.

Se trataba de salvar no sólo la independencia de la patria, sino también la libertad del espíritu nacional. Y no faltó quien en las Cortes de Cádiz tratara de fundamentar el nuevo régimen liberal en viejas tradiciones castellanas.

Y entonces quien nos ayudó á expulsar á los franceses de España fué Inglaterra, enviándonos á lord Wellington y sus soldados, y fué en Inglaterra donde se formaron los hombres que más habían de hacer luego por las libertades políticas de la patria.

Es lección que no debemos olvidar.

El literatismo español, cuando se aparta del manantial patrio, suele abrevarse casi exclusivamente en fuentes francesas y en fuentes francesas se abrevia exclusivamente cuanto hay de superficial y de gárrulo y de hueco en nuestra política. Tal es y no otro el pecado original de nuestro malaventurado republicanismo.

De todos tiene que aprender el hombre y sobre todo de quienes saben más que él, y de todos los demás pueblos tiene un pueblo que aprender y muy en especial de los que en uno ú otro respecto le aventajan. Pero no hay para él daño peor que una imitación parcial, mayormente cuando imita á quien menos se le parece.

Y para nosotros los españoles Francia ha sido siempre la peor maestra, por ser nuestros respectivos espíritus, pese al parentesco de las lenguas en que se expresan, de lo más opuestos que pueden ser. Y en cambio nos ha sido beneficioso el magisterio de Inglaterra y el de Italia.

Concretándonos á las letras, cabe decir, que toda influencia italiana ó inglesa en ellas ha servido para excitar sus cualidades nativas íntimas y la influencia francesa no ha servido, por lo general, sino para comprimirlas. Aunque luego ha sido beneficiosa por la reacción que provocara.

El 2 de Mayo de 1808 se levantó el pueblo de Madrid contra las tropas napoleónicas que iban á imponerle la nueva *civilización*; el alma africana—y á mucha honra—de nuestro pueblo, se revolvió contra las mesnadas del hijo de la Revolución que proclamó los abstractos Derechos del Hombre, y este levantamiento fué el principio no sólo de la recuperación de la independencia patria, sino el origen de nuestras libertades civiles y políticas. De él arranca el liberalismo español. Al levantarse contra Napoleón se levantó nuestro pueblo, aun sin saberlo ni proponérselo, contra el absolutismo de nuestros propios monarcas.

Y en el orden del espíritu, ¿no ha de llegar acaso día en que levante nuestro pueblo, la parte consciente de él, contra quienes traten de imponerle una fórmula de cultura que no aprovecha ni puede aprovechar á su alma noble y genuinamente berberisca?

Aprender de ellos, sí, como el Japón ha aprendido de Europa, pero sin rendirnos á su espíritu ni menos reconocerles una superioridad íntima que no existe.

Para afrentarnos y rebajarnos se inventó aquella frase de que el Africa empieza en los Pirineos y aquí nos hemos pasado los años procurando borrarla y citándola como un bochorno. Día llegará—tengo en ello fé y esperanza—en que repitamos con orgullo esa frase y digamos á nuestra vez mirando allende nuestros montes linderos: «Europa empieza en los Pirineos.»

Un siglo ha pasado desde que las tropas de Napoleón levantaron aquí, en España, el espíritu de la patria y ahora parece que las tropas de la República francesa tratan de levantar en Marruecos el indómito espíritu berberisco. Y en el fondo hay lo mismo: la incomprensión del alma de otros pueblos, el fatuo desdén hacia aquéllos, que ni se visten ni hablan como ellos hablan y se visten, la falta de respeto á sentimientos y creencias muy lejanos de los propios, todo, en fin, lo que ha estropeado siempre los buenos impulsos iniciales de los pueblos pagados de sí mismos y henchidos de vanidad colectiva. Hasta las generosidades de estos pueblos son generosidades teatrales y de espectáculo.

No sé qué pasará en Marruecos; no ignoro el rebajamiento de ese pobre pueblo amodorrado, pero recordando nuestro Dos de Mayo de hace un siglo, hago votos porque esos nuestros hermanos de Africa encuentren en un día glorioso el principio de su regeneración y sea para ellos arra que de nueva vida el noble sentimiento que les mueve á levantarse al ver que profana las tumbas de sus padres, y las profana por codicia de mercader sin creencias, un animal condecorado que no sabe Geografía.

Riquelme

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES

